

Bojayá en el teatro colombiano. *Kilele* drama de memoria y resistencia

María Mercedes Jaramillo / Fitchburg State University

Resumen

Kilele dramatiza el enfrentamiento entre guerrilleros y paramilitares que utilizaron a los habitantes de Bojayá como un escudo humano. El Ejército no respondió a los pedidos de ayuda de los civiles ante la inminente confrontación de los grupos armados. Los testimonios de los sobrevivientes son utilizados en la obra de teatro para fijar en la memoria los hechos y celebrar la vida de los muertos.

Palabras clave: *Kilele*, memoria, Estado, Iglesia, guerrilla, militares, paramilitares

Abstract

Kilele dramatizes the confrontation between guerrilla and paramilitary fighters that used the inhabitants of Bojayá as a human shield. The Army did not respond to civilians' request for assistance from the impending confrontation by armed groups. The testimonies of survivors are used in the play to memorialize facts and celebrate the life of the dead.

Keywords: *Kilele*, memory, State, Church, guerrillas, Army, paramilitary groups

Kilele es un vocablo de origen africano usado en la región del Atrato en la costa pacífica de Colombia que significa *fiesta, rebelión, alboroto, celebración, canto y ruido*, pero también es *grito, lamento y llanto* por los muertos que ha producido la violencia que azota esta región. Es también la voz que anima a quienes siguen rebelándose contra la guerra. *Kilele* es una obra de teatro que hace homenaje a las víctimas de la masacre de Bojayá, nombre con el que se conoce la muerte violenta de decenas de afrocolombianos en el interior de la iglesia de Bellavista, la capital del municipio de Bojayá, ocurrida el 2 de mayo de 2002, cuando guerrilleros del frente José María Córdoba de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) lanzaron un cilindro de gas que destruyó la iglesia donde se habían refugiado algunos habitantes de la comunidad. La explosión causó la muerte de 79 personas, 48 de ellos menores de edad, y dejó 167 de heridos.

Ese Atrato que juega al teatro es un volumen que contiene ocho libretos con historias para teatro coordinado por Inge Kleutgens¹ con el apoyo de la Diócesis de Quibdó. Estos textos de Creación Colectiva realizados con hombres y mujeres de los afluentes del Atrato recopilaron la memoria y las vivencias de estas comunidades. Una de estas obras es *Kilele*, escrita por Felipe Vergara y Catalina Medina, quienes hicieron talleres teatrales en diversos barrios de la región para recoger los testimonios que se dramatizan en *Kilele* y que narran la historia de Bojayá. La pieza se nutrió de los diversos imaginarios sobre el conflicto armado, de testimonios, de verdades a medio decir, de la ambición y de la prepotencia de los responsables de la violencia. “Surgió de los relatos de muchos velorios y novenas truncadas, de lágrimas prohibidas y de muertos insepultos” (Vergara 158).

Este crimen se dio en el marco de las confrontaciones armadas que se llevaban a cabo entre el frente José María Córdoba de las FARC y el bloque de Élder Cárdenas de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) comandado por Freddy Rincón (El Alemán). Ambos grupos estaban empeñados en mantener el control de la zona y tener acceso al río Atrato, el más caudaloso y el tercero más navegable de Colombia, vía de comunicación indispensable para el tráfico de armas y narcóticos.

El mismo río que les regalaba los peces y el líquido bendito para alimentar el cultivo les trajo un día a los hombres de las armas. Llegaron en canoas con sus fusiles, sus odios y su falta de piedad. Prometían

arrebatar a sangre y fuego aquellas tierras a sus dueños... (Ardila Arrieta)

EL libre acceso al río es esencial para la comunidad pues es una fuente de vida y la vía de comunicación más importante de las poblaciones de la zona. Darle un uso diferente al río y controlar el tránsito de la gente impide el intercambio, las festividades, las faenas de la vida cotidiana y cambia “las relaciones familiares y de compadrazgo. En ese contexto, las dinámicas de la guerra son demoledoras, pues amenazan con exterminar la cultura y desde luego, su gente” (Grupo Memoria 121).

El enfrentamiento entre la guerrilla y los paramilitares era inevitable, las autoridades y la población estaban al tanto de que paramilitares y guerrilleros venían a tomar la zona, era una confrontación esperada. Cuando llegó el momento crucial, niños, mujeres y ancianos se refugiaron en la iglesia que era la única estructura de cemento que podría resistir las balas, otras personas escaparon a la selva (Ardila Arrieta).

Una mujer ambulante, que vende bolsas en los semáforos en Bogotá, perdió a su padre y hermano en la explosión de la iglesia, y como mucha gente de la zona, se vio forzada a buscar una nueva vida en las ciudades colombianas. Su testimonio recogido por Juan Sebastián Serrano Soto, diez años después del sangriento episodio, muestra la atmósfera de miedo que vivía la comunidad aún antes del trágico suceso:

El párroco del pueblo, el padre Antún y otros líderes del pueblo trataban de movilizar a la población para que resistiera al conflicto de forma pacífica. Les leían a los armados un documento llamado Declaratoria de Autonomía, en el cual les exigíamos como comunidad el respeto por la población civil. También se habían colgado en la iglesia del pueblo unas banderas blancas y a la entrada ese cartel que decía: “Siga pero sin armas”. Era nuestra forma de resistir, aunque servía de muy poco.² Cada día se regaba más sangre. (Serrano Soto)

Este nefasto evento es un hito en la larga trayectoria de violencia que ha vivido el pueblo colombiano pues muestra la degradación del conflicto armado y los problemas que sufren las comunidades afrocolombianas e indígenas del Chocó. En esta acción terrorista los grupos armados violaron todas las normas del Derecho Humanitario Internacional en su obligación de proteger a la población civil, y es uno de los crímenes más bárbaros cometidos por la guerrilla contra una comunidad civil e inocente. Guerrilleros y paramilitares no respetaron la iglesia como lugar sagrado y como asilo tradicional en las guerras. El cinismo y la falta de consideración por la población civil se evidenció cuando Freddy Rincón (el Alemán) comandante del bloque paramilitar responsabilizó a Antún Ramos el párroco de Bojayá por haber concentrado a la gente en la iglesia. A sus alrededores se habían refugiado los paramilitares que se escudaron con los pobladores. La Diócesis, los afrocolombianos y los indígenas protestaron

por la acusación del ex-comandante. Por su parte, la guerrilla afirmó que la masacre fue un error táctico, “un daño involuntariamente causado” (Grupo Memoria 15). Cabe también anotar que el Ejército no tomó medidas para proteger a la población pues como lo afirmó un sobreviviente de la masacre citado por Salud Hernández en el periódico *El Tiempo* del 12 de mayo de 2012. “Esta tragedia se ha podido evitar pero el Estado solo entra a un pueblo cuando han matado a un poco de gente” (Grupo Memoria 19).³ La OEA, la ONU y la Iglesia Católica condenaron este crimen de lesa humanidad y culparon a las FARC, a los paramilitares y al Ejército (Grupo Memoria 264-265)⁴. “Para los boyajaceños en la masacre hacen eclosión los silencios, los olvidos y las deudas históricas de Colombia con sus minorías étnicas y en especial con las comunidades afrocolombianas. Las injusticias del pasado se entrecruzan con las injusticias del presente” (Grupo Memoria 21).

Las familias debieron participar en el conteo y reconocimiento de los muertos. Las huellas de la tragedia son visibles en las antiguas viviendas vacías, ubicadas sobre el río, en los cuerpos mutilados de los sobrevivientes. Muchas de las víctimas fueron madres personajes centrales en la vida comunitaria y familiar, hecho que tiene un gran impacto porque ellas son el centro afectivo y articulador de la familia. Los sobrevivientes tienen grandes dificultades para asumir los roles domésticos y rituales que ellas cumplían (Grupo Memoria 94)⁵. Las madres estructuran la cotidianidad y son un presente continuo que permite el desarrollo de los otros miembros de la familia. La desaparición de los ancianos también causa enormes disrupciones pues ellos son los guardianes del saber tradicional, de la medicina, de las formas de curar, del culto a los ancestros, y con ellos desaparecen los puentes al pasado; de otro lado, la muerte de tantos niños roba a la comunidad de un futuro armónico (Grupo Memoria 121). Antún Ramos, el párroco de Bojayá, al ver la catástrofe rogó para que no se le acabaran los feligreses: “Vi gente despedazada, sin piernas, ni manos... cabezas regadas, sangre, mucha sangre. Inclusive aprecié ciudadanos corriendo mutilados” (Gómez 74).

La obra de teatro se inicia con una alegórica escena donde diosillos siniestros—que representan a los jefes de los grupos armados—apagan sin ningún recato 119 velas en un descuido del Ángel de la muerte⁶. Noelia, Élmer, Manisalva y Castaño cuentan en forma lúdica las velas apagadas, juego macabro que cambia el destino y elimina los proyectos de vida de la comunidad. Ellos son los representantes de guerrilleros, paramilitares y militares. Sus conversaciones develan cómo se iniciaron los conflictos y cómo el surgimiento de las AUC fue la respuesta a los abusos de la guerrilla. Tras su paso solo dejan muerte, destrucción y desplazamiento. El pueblo queda abandonado, poblado de fantasmas que vagan por el río. La pieza dramatiza la historia de la región desde el momento en que los habitantes empezaron a ser acosados por los grupos armados. *Kilele* denuncia el abandono del Estado, la colaboración del

Ejército con los paramilitares y los abusos de la guerrilla. Los bojayaceños estaban solos y en medio de una lucha de intereses económicos que minaban los recursos de la región y desplazaban a la comunidad. La masacre fue el clímax que trajo la atención nacional e internacional a la región. La obra también muestra la presencia de muchas organizaciones no gubernamentales que llegan a las áreas de desastre y en forma lúdica denuncian la inoperancia de muchas de ellas:

UNA MODELO:- La organización MODÈLES SANS FRONTIÈRES,

OTRA MODELO:- Que significa Modelo sin Fronteras

OTRA MODELO:- Se ha sentido muy deprimida por la tragedia ocurrida aquí

OTRA MODELO:- En el pueblo de los 119 muertos

OTRA MODELO:- Por eso venimos a abrazar a los sobrevivientes. (*Kilele* 179)

Después de la explosión los daños morales, psicológicos y emocionales ocasionados se evidencian en el deterioro de la salud mental. Los habitantes experimentaron situaciones extremas de amenaza, destrucción, pérdidas personales y colectivas que ocasionaron el menoscabo del tejido familiar y social, lo que produjo un detrimento en los referentes socioculturales indispensables para la organización de la comunidad (Grupo Memoria 89). Algunos personajes representan a las víctimas que han perdido la razón pero no logran olvidar los hechos. Ellos expresan el dolor, la desesperanza y se preguntan por qué el alcoholismo, el desempleo y la miseria se han apoderado de la región. “Santa Tecla.- Aquí no hay gente ya. ¡Lo que hay aquí es la jedionda maldad! ¿Me oyen? Después de la explosión en la iglesia la gente se fue toditica” (Vergara 171). Palabras que confirman los temores del párroco Antún Ramos. “San José.- Dicen que la cabeza no nos funciona bien. Pero si esto fuera cierto tendría que haber una razón para que hubiera tanto demente en el Atrato” (Vergara 171). Y más adelante afirma: “¡Por eso es que ahora nosotros andamos andrajosos! Algunos, incluso nos hemos aficionado a la bebida” (173).

Las huellas visibles de la violencia en la vida de los personajes se evidencian en sus cuerpos y en el espacio que habitan, tienen como punto de partida la marca territorial de la ruina-monumento. Bojayá condensa las representaciones de la guerra y se instala en el imaginario; los hechos muestran la degradación, la destrucción y el sufrimiento humano que a su paso deja la guerra. Bojayá es la radiografía de la “guerra sin límites” (Grupo Memoria 21). Esta tragedia muestra la Colombia real y profunda, dividida en una guerra por la tierra que sigue aniquilando a los campesinos y a las minorías étnicas. “La presencia militar ha colocado a la población en una situación de dependencia frente a las armas, pues la seguridad no resulta del desmonte efectivo de las estructuras que generan la violencia” (Grupo Memoria 83), por eso la seguridad es percibida como algo frágil que

desaparece apenas se retiren las tropas.

La pieza se afianza en la estructura del teatro clásico para mostrar el desigual enfrentamiento entre los hombres armados y la población civil del Chocó. El coro de mujeres ensombreadas recrea las voces del pueblo, da su opinión sobre los hombres armados, y sobre todo, llora por la desolación de los sobrevivientes.

Ruth:- Por aquí han pasado los hijos de todos los dioses. Por eso nosotros no creemos ya en mesías.

...

Felicia:- Los primeros que vinieron fueron las tropas Noélicas. [La guerrilla]

Ruth:- Eran criaturas paridas por una diosa a la que llamaban Noelia, la vieja.

Felicia:- Iban a mi pueblo a descansar, pero también querían adoctrinarnos en su fe. Decían que nuestros dioses habían muerto. Y parecía cierto, porque hacía tiempo, que ni San José ni Santa Rita oían nuestras súplicas. De nada valían mandas ni secretos. Esa gente decía que sus dioses sí amaban a los pobres y nos iban a sacar de la miseria.

Brígida:- Pero un día sus jefes, sus sacerdotes o quienes fueran, empezaron a exigir sacrificios. Un cerdo de vez en cuando, un par de gallinas de tiempo en tiempo, un bulto de arroz semana de por medio; nada que no pudiéramos sobrellevar. (Vergara 178)

Pero las exigencias de las guerrillas fueron cada vez mayores y empezaron a reclutar a los jóvenes de la comunidad, que al principio se fueron voluntariamente ya que carecían de trabajo y de futuro, y como dicen las mujeres querían, “sacudirse el aburrimiento”, “distraerse con la guerra” y “evitar el hambre” (178). Este interés inicial desaparece y la gente de la comunidad empieza a temerles porque se llevan a los más jóvenes como soldados o como mano de obra de las plantaciones del norte (278). Luego aparecen los paramilitares y el Ejército también a reclutar jóvenes para sus respectivas huestes, hecho que se expresa en la obra así:

Felicia:- A mí me dijeron que los sacrificaban a sus dioses.

Ruth:- Noelia, la vieja exige sacrificios humanos.

Felicia:- Igual que Elmer [un paramilitar] y Manisalva [un militar].

Brígida:- Todos los nuevos dioses son iguales.

Felicia:- Iguales pero diferentes.

Felicia:- Comenzaron a llevarse muchachos por la fuerza y cada vez más y más jovencitos. (179)

Este diálogo entre el coro de mujeres devela el sentir de la gente de la región, para ellos los grupos armados de izquierda o derecha, legales o ilegales han cometido los mismos atropellos en el pueblo. Se igualan en los abusos y se diferencian en la ideología, por eso la comunidad los rechaza y mira con desconfianza inclusive a las fuerzas del Estado. La complicidad entre los terratenientes, los militares y los paramilitares ha posibilitado el despojo y aniquilación de las comunidades que habitan esta región. Los boyajaceños son conscientes de este contubernio y por eso, santa Tecla, uno de los personajes de la obra, dice:

Los noélicas y los manisalvas... ¡maldita sea mi boca! ¡maldita sea mi boca! Esos... esos... peludos lo destruyeron todo. Pero no estaban solos, no, estaban amangualados con todos los nuevos dioses y sus lacayos... Aquí entre nos, la verdad, que acá abajo hay un montón de porquería, pero si uno no la mira pa'llá no sabe que está ahí... En cambio lo que hay arriba es peor que porquería y lo peor es que uno no puede dejar de verlo. (171)

La autonomía, la libertad de expresión y movimiento se ven severamente restringidos con la presencia de los violentos. Los proyectos de vida se aplazan pues el acceso a los recursos naturales y económicos es impedido por los invasores irresponsables que aniquilan a los habitantes y despojan a la comunidad de todos sus bienes. Los hombres armados se apropian de sus territorios y reemplazan los cultivos de pan coger con los de la palma de aceite para entrar en el mercado global de biocombustibles.

El Viajero, el personaje central de la pieza denuncia el hecho: “El pueblo de mis abuelos no existe. Donde había casas ahora solo hay palmas. Las palmas sagradas de los nuevos dioses. Ellos se alimentan con su jugo” (194). Por su parte, Elmer (jefe paramilitar) canta una canción de su autoría “Colombia, tierra mía, mía, mía” cuyos versos: “Quitamos una casita, ponemos una palmita” (162), resume la historia del despojo de las comunidades del Pacífico. A esta presentación asisten sus amigos ganaderos, comerciantes y políticos que lo han nominado como jefe del Grupo de Empresarios Exitosos por la Paz. También están presentes Manisalva, su amiga y cómplice, que tira la piedra y esconde la mano y que es la compañera de las “incursiones nocturnas, y de las desapariciones fortuitas” (163). Manisalva / Manosalva es el representante del Ejército. Como en un *roman a clef* los nombres de los personajes señalan a personas que estuvieron involucradas en los eventos. Por ejemplo, el coronel Orlando Pulido Rojas, fue el comandante del Batallón Alfonso Manosalva Flórez de la IV Brigada, quien aseguró que en el pueblo no había nadie armado cuando la gente de Bojayá pidió protección (Grupo Memoria 76); el perro Castaño apunta a los hermanos Vicente y Carlos Castaño reconocidos paramilitares. En la obra Manisalva es la diosa de la seguridad y experta en disfraces y en detectar colaboradores. Y por último, Elmer presenta a Noelia y con certeras palabras sintetiza la larga historia de la guerrilla colombiana:

[V]ieja contradictora, motivadora de conflictos y debates eternos, mujer de recio carácter y animadora de mil batallas, diosecilla terca, sin cuyos deliciosos desmanes de fuerza bruta me hubiera sido imposible emprender el proyecto agroindustrial con el que desde 1996 hemos traído progreso y desarrollo a estas tierras y luz a estas gentes. (Vergara 163)

El Viajero que navega por el río regresa en busca de su familia, y como Ulises o Eneas, desciende al mundo de los muertos, y él busca a su esposa Tomasa y a su hijo Polidoro, ambos víctimas de la explosión. Con cada persona que se encuentra se entabla un diálogo similar que recalca la magnitud de la tragedia. Algunos contestan con monosílabos, otros narran los hechos. Los sobrevivientes también le informan de la suerte de su familia. “Santa Rita:- Viajero, oye tú, Tomasa ya no está más con nosotros, tu hijo Polidoro ya no está más con nosotros. Yo misma lo rearmé enfrente de la iglesia, cada cuerpecito con su manita, con su cabecita” (172).

El Viajero es la conexión entre el pasado y el futuro, al emprender el viaje por ese río que conecta la vida y la muerte, quiere recobrar su presente (a su esposa) y su futuro (a su hijo). La desolación del tiempo presente, de ese ahora ineludible lo obliga a enfrentar su destino y a convertirse en el héroe que posibilita un futuro para los sobrevivientes. El futuro empieza a vislumbrarse en el momento que el Viajero / héroe evoluciona y no vive para satisfacer sus necesidades sino que prevé las necesidades de un tiempo no presente, uno futuro, y afirma:

Hay tiempo de nacer y tiempo de morir. Tiempo de dar muerte y tiempo de dar vida. Tiempo de edificar y tiempo de llorar. Tiempo de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos. Tiempo de odio y tiempo de amor. Tiempo de Guerra y tiempo de paz. Tiempo de gala y tiempo de luto. (195)

Afirmación que condensa las prácticas y saberes que mantienen el orden social en las comunidades afrocolombianas que les ayudan a enfrentar los conflictos, a organizar las celebraciones, a celebrar los ritos de pasaje, a preparar la tierra para el cultivo y a conservar las tradiciones.

El coro de Ánimas enuncia la larga genealogía del Viajero y lo muestra como el legítimo habitante de la región, como representante de la comunidad y como el heredero de los Mina, quienes fundaron el palenque donde resistieron a la esclavitud. “Coro de Ánimas:- Makerule, príncipe de los Minas en el Congo engendró a Mateo Mina. Él fue esclavizado, pero resistió y mató a catorce hijos de los dioses castellanos antes de fundar el palenque de Tadó. Él concibió a Sando Mina y él a su vez a Ateneo Mina que sabía el secreto para hacerse invisible...” (177). La serie de descendientes continúa hasta Sinécio Mina, Satanás, que según la leyenda era inmune a las balas y quien logró liberar a muchos esclavizados del Cauca. La genealogía termina con el Viajero, quien es hijo de Eneida Mina Aponsá con el río Atrato, este hecho le confiere un status sobrenatural, un

sentido de pertenencia al territorio y una autoridad legítima; el Viajero no es un recién llegado y su señorío no se basa en las armas y en la intimidación. Las palabras del Atrato le causan sorpresa al Viajero, pero este le informa sobre las cualidades de su familia: “Por parte de madre su destino está ligado a la desobediencia, a la rebeldía y a la ciencia de los Mina; por mi parte está ligado con el destino del río, con el de los dioses que antiguamente se movían por él y con el de todos los muertos que he tenido que arrastrar” (177).

La genealogía del Viajero es la marca del héroe. Pertenecer a la casta de los Minas es el reconocimiento que le permite ser el líder y convertirse en modelo para hombres que continuarán su estirpe. Las hazañas de sus antepasados lo hacen digno de esta empresa. El viajero puede construir un futuro afirmado en su pasado, pero para hacerlo necesita comunicarse con sus ancestros, quienes conocen su linaje y quienes lo animan a seguir las tradiciones y llevar a cabo los ritos funerales abandonados por la guerra. Para ese viaje al inframundo debe llevar hierbas calientes que le permiten hablar con los muertos y conocer su destino. Este es el indispensable rito que lo afianza en su nuevo rol. Él, como un nuevo Eneas, es el líder de un grupo étnico que se identifica en una historia, un territorio y una cultura con derechos compartidos (Grupo Memoria 90). El territorio se concibe desde una perspectiva histórica, sagrada y simbólica y es el hogar de los ancestros, donde habitan espíritus de poder cuyas funciones son cuidar y preservar la comunidad. En el imaginario el territorio es la madre, es el origen y el fin, donde se vive y se cría a los hijos, es el legado para los “renacientes”. Allí no solo se siembra, se hace también la casa y el trabajo cotidiano, allí se entierran el ombligo y la placenta y se establece una relación natural con el ciclo vital (112-113).

Dicen que el territorio es como parte de uno mismo, y así tiene que ser, porque uno es tierra. Y dicen que uno donde nace lo sepultan, lo que es parte de uno es el ombligo, y mi ombligo está enterrado en esta tierra. Y entre nosotros acá eso es una tradición. ¿Por qué no me dio por irme para otra parte...? Por mi ombligo. (Bello 84)

El pueblo se fundará de nuevo en otro lugar, lejos de los lugares energéticos con poderes espirituales que no deben ser “manoseados” por gente ajena a esta tradición cultural (Grupo Memoria 113). Este nuevo pueblo también queda lejos de ese río que les dio vida y les trajo la muerte. Como se señaló antes, la búsqueda de sus descendientes y de los sobrevivientes le señala al Viajero el destino que debe seguir como guardián de las tradiciones, en él se funden pasado, presente y futuro.

Los textos clásicos que hablan de la destrucción de Troya y de la fundación de Roma vuelven a repetirse en el siglo XXI en Bojayá. Los legítimos habitantes deben defender sus derechos y enfrentarse a los nuevos invasores, que reemplazan casas por palmas, que truecan la vida por la muerte y que arrebatan en forma violenta el territorio que ya

es de ellos como lo prueba la historia de los Mina. Por eso Bojayá y Bellavista son los “lugares de memoria” que según Joël Candau refuerzan los vínculos en los que un pueblo se reconoce, ya que son los lugares donde la memoria se encarna (Candau 113). Y por eso es que en torno a ellos, “la nación se hace o se deshace, se tranquiliza o se desgarrar, se abre o se cierra, se expone o se censura” (111). Es el desgarramiento y la censura, que esos lugares evocan, los que unifican a las víctimas de la violencia o a sus descendientes y los llevan a reconstruir vivencias con las que logran construir una memoria, un idiolecto y un destino común.

Los boyajaceños muestran agotamiento ante las celebraciones que se llevan a cabo en los aniversarios de la tragedia, pues los habitantes del nuevo Bellavista continúan sufriendo los estragos de la guerra. Los paramilitares y los guerrilleros siguen presentes en la región, y el gobierno solo acude en los aniversarios y politiza el evento, aunque aún no se han solucionado los problemas de base que aquejan a la población como el desempleo, la falta de oportunidades, viviendas adecuadas, educación. Muchos de los visitantes de ocasión se burlan de las prácticas tradicionales y de los rituales de las comunidades afrocolombianas, su insensibilidad e ignorancia son otra forma de atropello cultural. “Así, ni autoridades, ni dioses, ni ancestros, parecían detentar el poder suficiente para detener la guerra, lo que llevó a cuestionar su eficacia y vigencia, y de este modo se afectó también las creencias y certezas construidas históricamente” (Grupo Memoria 111).

Las víctimas desean establecer un santuario de la memoria que les permita tramitar el dolor, elaborar el duelo y reconciliarse con sus muertos, “para que no deambulen en el mundo reclamando su lugar” (296). Para que la comunidad logre un equilibrio es necesario erradicar la violencia y recuperar el uso tradicional del río y de la tierra. Es indispensable limpiarlos de la sangre. Para ellos, el río está muerto como lo afirma una mujer adulta de la región, que evoca el pasado de una forma nostálgica e idealizada: “ahora solo lo usamos para transportarnos y no para saciar otros deseos como el bañarse, pescar, lavar los platos, cepillar la ropa, [...] ¡Y eso era una felicidad! La una cantaba, la una echaba un verso, la otra echaba un chiste... todas esas cosas ya se acabaron...” (109).

Los boyajaceños necesitan certezas para pensar y planear el futuro, y sobre todo garantías que les permitan a las generaciones futuras permanecer en el territorio de sus ancestros. Solo así podrán desarrollarse proyectos sociales, culturales, económicos y políticos que generen un sentido de pertenencia e identidad como pueblo. A través de la música, la pintura, los cantos y la oralidad se articulan los ritos y se imbrican los elementos ancestrales con los contemporáneos para guardar la historia y la memoria que son las bases de la identidad. Esta memoria aparece expresada en manifestaciones artísticas que exploran la historia individual detrás de la noticia periodística. Por ejemplo: Freddy

Sánchez Caballero pintó La muerte de los Santos Inocentes para mostrar imágenes de la vida cotidiana y la violencia en contra del pueblo afrocolombiano e indígena (298). Las expresiones culturales les dan sentido de trascendencia a la vida y a la muerte porque registran la historia y la tradición del pueblo.

Kilele es un drama que da voz a la comunidad quebrantada por la violencia y asediada por una minoría violenta que ha abusado de miles de colombianos. Las protestas de los sobrevivientes, las fotografías, los relatos de los familiares de las víctimas y las quejas de los desplazados buscan primeramente una respuesta del gobierno y una solución del conflicto, pero con el transcurso del tiempo se convierten en vehículos de comunicación espiritual y lazos de cohesión social. Los sobrevivientes deben continuar con la vida, a pesar de lo sucedido y de las huellas de dolor persistentes en el cuerpo y en la memoria. Lo colectivo es el mecanismo que les permite recuperar la solidaridad y fomentar la resistencia local (287). El Cristo mutilado de la iglesia de Bellavista se ha convertido en una reliquia y en un símbolo del destrozamiento e inmenso sufrimiento de los sobrevivientes de la masacre que como esa figura de Cristo muestran en su cuerpo las brutales consecuencias de la guerra.

Al final de la obra se encienden las velas para los ritos funerarios típicos de la región, se celebra el *gualí*, oficio fúnebre para los niños menores de 7 años, y se cantan los alabaos⁷ dedicados a los adultos. Estos ritos que no fueron celebrados después de la masacre porque seguían los enfrentamientos entre paramilitares y guerrilleros ocasionaron un enorme desasosiego a la comunidad; los muertos, según las costumbres de origen africano, siguen deambulando sin poder encontrar descanso, pues no se enterraron separadamente y no se les hicieron los oficios fúnebres propios para niños, adultos y ancianos. Los sobrevivientes debieron abandonar la zona sin cumplir con ese deber sagrado lo que trastornó los procesos indispensables para que los niños que habían muerto se transformaran en querubines y angelitos custodios, y los mayores fallecidos en ancestros protectores. Los oficios de difuntos son esenciales para ayudarle al alma a recorrer el camino que la lleva al otro mundo. Los cantos, los rezos y los responsorios ayudan a tramitar la tristeza y vencer los temores (102). El *alabao* y el *gualí* buscan traer la armonía entre vivos y muertos y son los ritos de pasaje que permiten a las ánimas ir al más allá desde donde tutelan y custodian a los vivos. Se convierten en los ancestros tan venerados en la cultura africana.

Los velorios no los pudimos hacer, sacar su muerto pasearlo por las calles y enterrarlos, tocó en bolsas porque no había cómo comprar y hacer ataúdes y a ninguno se le pudo enterrar como es debido... las tradiciones de cantarle, rezarle, pasearlo por el pueblo, que son nuestras costumbres, ni siquiera a los chiquitos pudimos hacerles nada... Es que ni siquiera llorarlos, porque estábamos era huyendo para salvarnos los pocos que quedábamos, y hasta la

enfermedad le puede quedar a uno de no llorar a sus muertos. (Testimonio, taller de memoria histórica, llevado a cabo en Bellavista en 2009. En Grupo Memoria 101)

Jaime Arocha, uno de los estudiosos más reconocidos de la cultura afrocolombiana, en “Desarraigo forzado” afirma que el hecho de no haber enterrado a los muertos como es debido tiene un “impacto mortal” en la cultura ya que rompe una de las tradiciones más reverenciadas en las comunidades afrocolombianas.

En las mañanas y tardes y atardeceres y noches siguientes, los hijos del Atrato, con los nervios en punta, sentían que sus muertos no se encontraban en paz. ‘Los velorios, el novenario, los alabaos, las oraciones, los adulatorios y los responsorios, rituales propios de los negros, se habían quedado sin realizar’. Las cantadoras, sobre todo, sabían más que nadie lo que significaba pasar por alto esos protocolos mortuorios. ‘Los 48 niños masacrados, por otra parte, se habían quedado sin el ‘gualí’, esa costumbre africana, conocida también como ‘chiguala’, en la que el cuerpo sin vida del pequeño es alzado de mano en mano mientras se canta, se baila y se juega con él’. Era así como las comunidades negras festejaban al niño que, muerto, se escapaba de la esclavitud. Ahora, no habían tenido la ocasión de festejarlos por haberse librado del infierno de la guerra. (“Homobiosfera”)

La pieza es entonces un rito fúnebre que narra la historia de la comunidad y de las víctimas. El Viajero muere después de cumplir su misión de celebrar el *gualí* y el *alabao* que despide a los muertos y en el que ellos se despiden del hogar.

Ánima:- ¡Setentisiete levantamientos de tumba!⁸

Ánima:- ¡Apaguen las velas!

Ánima:- ¡Retiren las mariposasnegrasdepapel!

Viajero:- ¡Quiten los velones!

Ánima:- ¡Adiós a los adornos!

Ánima:- ¡Adiós!...

Las Ánimas entran al valle de José. (Vergara 197)

Kilele recoge la bandera de la historiografía moderna que reivindica la participación de los excluidos en el desarrollo humano y devela los prejuicios sociales y los intereses políticos a los que se han enfrentado. Esta pieza ilumina tanto el momento histórico y público como los momentos de la vida privada que nos permiten imaginar y completar los vacíos de la historia oficial. Michael Millar (2006) en “Popular Theatre and the Guatemalan Peace Process” reconoce que:

[l]a naturaleza fecunda del proceso de contar produce una historia que lleva más a la acción que a la revelación estéril de hechos del pasado. Al

proveer un reto a los años de silencio, esta práctica muestra maneras afirmativas de contradecir la tendencia de la cultura dominante y del discurso político en favor de una interpretación de la historia más universal. El foco localizado en experiencias únicas y compartidas de individuos y comunidades facilita un mejor entendimiento de las circunstancias presentes y por lo tanto una voluntad de trabajar por la transformación social en los nuevos espacios provistos por el proceso de paz y de democratización. (110)

La memoria individual es la base de la resistencia, es el arma contra el olvido, y guarda detalles e imágenes que son dejados de lado por el historiador. La memoria es individual y la historia es colectiva, como lo afirma Pierre Nora, pero la memoria ilumina la historia al mostrar el rostro de la experiencia humana. También Laura Ardila Arrieta defiende la importancia de la memoria histórica ya que es parte de ese universo que muchas veces se deja por fuera. “Si no hay

espacio para la verdad y la memoria no hay espacio para las soluciones”. La memoria trae desgarró y dolor pero también es la fuente de la resistencia. Por eso la sentencia C 370 de la Corte Constitucional de 2006 estableció que:

la verdad tiene una dimensión colectiva que consiste en el derecho de las sociedades de conocer su propia historia, elaborar un relato colectivo relativamente fidedigno sobre los hechos que la han definido, y tener memoria de tales hechos. Para ello, es necesario que se adelanten investigaciones judiciales imparciales, integrales y sistemáticas sobre los hechos criminales de lo que se pretende dar cuenta en la historia. (Grupo Memoria 233)

En la obra se celebra la vida y la dignidad de los afrocolombianos y se lamenta la tragedia. Es a la vez un memorial de los agravios sufridos y un llamado para que se reúnan y se rebelen contra su aparente “destino fúnebre” como afirman sus creadores.

Notas

- 1 Inge Kleutgens es una artista y pedagoga alemana que ha trabajado el tema del conflicto armado en diferentes comunidades de América Central. Kleutgens inició el trabajo con varios dramaturgos en las poblaciones ribereñas quienes compartieron su experiencia con los habitantes de la región.
- 2 Rincón salió de la cárcel en julio de 2015 después de pagar 8 años de cárcel por sus crímenes de lesa humanidad. A pesar de estar relacionado con unas 10 masacres y más de 6 mil víctimas. (“El Alemán”, en libertad tras pagar 8 años de cárcel”. <http://www.elheraldo.co/nacional/el-aleman-en-libertad-tras-pagar-8-anos-de-carcel-208756>). 10/22/2015.
- 3 El primero de mayo de 2010 Laura Ardila Arrieta afirmó que: “La responsabilidad central es de las FARC y en ese sentido ha habido un proceso de justicia más bien diligente. Hay dos guerrilleros condenados a 36 años de prisión, cada uno, por estos hechos. Asimismo, hay otros más acusados. En cuanto a los ‘paras’, existen ya varias confesiones. De hecho, El Alemán en una de sus versiones libres reconoció haber participado. Pero frente a ellos no hay condenas. Tampoco hay justicia en el tema de los militares que, por acción o por omisión, tuvieron que ver en lo ocurrido, como lo señaló en su momento la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos [...]. Hay tres actores armados que participaron, por acción o por omisión, pero sólo ha habido acción efectiva de la justicia hacia uno de ellos. También hay una deuda de la justicia frente a crímenes que se fueron cometiendo a lo largo de 10 años de violencia. ¿A quién se le judicializa por los miles de desplazamientos forzosos? Hay deudas de la justicia muy importantes. En cuanto a reparación, hubo un proceso lento de reconocimiento de las víctimas”. En este momento las víctimas de la masacre siguen sin recibir ayuda adecuada, sin empleo y lo que es peor aún, la violencia y los grupos armados al margen de la ley siguen presentes en la región.
- 4 Pedro Alfonso Albarado Zabaleta, alias Mapanao, murió en un bombardeo a un campamento de las FARC el 22 de febrero de 2012, estaba implicado en los sucesos de Bojayá, considerados como uno de los peores ataques contra la población civil y por los que el gobierno ha condenado a 21 insurgentes.
- 5 Ver Virginia Gutiérrez de Pineda (1975), *Familia y Cultura en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- 6 Ha sido difícil establecer el número exacto de víctimas porque muchos cuerpos quedaron despedazados. Al principio se calculó que habían muerto 119 personas, luego se estableció que fueron 79 las personas que murieron. Las cifras han cambiado porque muchas partes de los cuerpos destrozados habían sido contadas varias veces. En un documento de diciembre de 2011, Gonzalo Sánchez afirmó que eran 79 y no 119 las víctimas pero no aclara el número de niños. “La errónea apreciación se debió a que el desmembramiento de cuerpos esparcidos generó confusión. Los fragmentos de un mismo cuerpo, recogidos en distintos lugares fueron contabilizados como de diferentes víctimas fatales. Hay pues errores que forman parte del horror de la Guerra” (Sánchez, citado por Diana Carolina Durán Núñez).
- 7 Los *alabaos* y los *gualíes* son los velorios de los adultos y los niños que evocan los cantos de lágrimas de origen Bantú. El

sistema de versificación de los alabaos y los arrullos viene de la poesía española tradicional como las coplas y los romances; y según Enrique Buenaventura, son variantes de los cantos gregorianos y de los cantos ambrosianos con dejes y cortes de influencia africana. Adriana Maya considera que con los alabaos se iniciaron procesos de resocialización y humanización porque los esclavos retomaban las matrices rítmicas y métricas de los rezos y alabanzas españolas en los que vertían nuevos contenidos y trazaban líneas de parentesco ancestral y sobrenatural con los santos (35). Así, pudieron guardar la memoria de sus antepasados y recobrar la dignidad negada por los esclavistas. Jaime Arocha (2009) afirma que los alabaos son cantos de transición que ayudan a los muertos a hallar el camino al más allá para reunirse con sus ancestros. Es un ritual sincrético esencial en los duelos y en el culto para los muertos en el que participa toda la comunidad (9).

8 Las setenta y siete velas apuntan a una cifra diferente de víctimas y se muestra la dificultad para contar los muertos.

Obras citadas

- Ardila Arrieta, Laura. “Bojayá, herida que no cierra”. *El Espectador*, 1 de mayo de 2010. <http://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso201015-bojaya-herida-no-cierra>
- Arocha Rodríguez, Jaime. “Homobiósfera en el Afropacífico”. *Revista de Estudios Sociales*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, 32 (2009). 86-97. (<http://res.uniandes.edu.co/view.php/580/index.php?id=580>) 10/22/2015.
- . “Desarraigo forzado”. Bogotá, DC., 20 de octubre de 2007. <http://especiales.universia.net.co/galeria-de-cientificos/antropologos-sociologos-politologos-y-afines/jaime-arocha/desarraigo-fo.html>. 28/4/2012.
- Bello A., Martha N., et al. *Memoria y río: violencia política, daño y reparación*. Bogotá, D.C.: 2005. Programa de iniciativas universitarias para la paz y la convivencia. Universidad Nacional, Colciencias.
- Grupo Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. *Bojayá: la guerra sin límites. Informe del Grupo Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación*, Bogotá: Taurus, 2010.
- Buenaventura, Enrique. Conversación personal del 6 de junio de 2003.
- Candau, Joël. *Antropología de la memoria*. Trad. Paula Mahler, Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
- Durán Núñez, Diana Carolina. “En Bojayá fueron 79, no 119: Gonzalo Sánchez”. <http://www.elespectador.com/impreso/judicial/articulo-314712-bojaya-fueron-79-no-119>. 5/5/2012.
- Fotos de Bojayá http://www.eltiempo.com/Multimedia/galeria_fotos/colombia4/tragedia-en-bojaya-choco_11663781-5. 21/5/2012
- Gómez de los Ríos, Sara. *El miedo a vivir entre la guerra: testimonios de víctimas de la masacre del 2 de mayo de 2002 en Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, Chocó*. Tesis de grado para optar al título de Periodista. Medellín (Col.): Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia, 2008.
- Hernández Mora, Salud. “Más cornadas da el hambre”. *El Tiempo*, 12 de mayo de 2002
- Maya, Adriana. “África: legados espirituales en La Nueva Granada, siglo XVII”, *Historia Crítica No 12*, Bogotá: Universidad de los Andes, Depto. de Historia, enero - junio de (1996): 29-41.
- Millar, Michael. “Popular Theatre and the Guatemalan Peace Process”. *Latin American Theatre Review*, Spring, 39.2 (2006): 97-116.
- Nora, Pierre. “Entre memoria e historia: la problemática de los lugares”. www.cholonautas.edu.pe. 5/2/2012.
- . “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. No. 26, Special Issue: Memory and Counter-Memory (Spring, 1989), pp. 7-24 Published by: University of California Press. <http://www.jstor.org/stable/2928520>.
- Serrano Soto, Juan Sebastián. “La última vez que vi Bojayá”. <http://www.lasillavacia.com/historia/la-ultima-vez-que-vi-bojaya-33025>. 2/5/2012.
- Vergara, Felipe y Catalina Medina. *Kilele. Ese Atrato que juega al teatro. Libretos de ocho historias para teatro*. Creación Colectiva, Coordinación Inge Kleutgens, Diócesis de Quibdó: Editorial Nuevo Milenio, 2 (2008):155-199.